

# El Ocaso

—Sufres, hermano? —preguntó quedamente, casi con dulzura.

Hernando, ganado por aquel tono de voz, cuya inflexión le llegaba muy hondo, respondió:

—Sí —y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo comprendo —contestó el hombre con convicción—. Es natural —añadió pensativo—. Todo ser normal debe sufrir al encontrarse con estas condiciones. Es el Génesis... —reflexionó.

Hernando, pese a que estaba dolorido y terriblemente postrado, además sujeto a aquella inmovilidad exasperante, se interesó:

—¿El Génesis?

—Sí. El Génesis del hombre. El "parirás tus hijos con dolor"; el "ganarás el pan con el sudor de tu frente". Se alude al sufrimiento, como razón de ser del Hombre sobre la tierra; como castigo o como expiación. Sugiere también el instinto de conservación. Aquí el Hombre naciendo; allí el Hombre subsistiendo. "Ganarás el pan", arrancándoselo a la tierra; arrebatándoselo a los animales; disputándoselo a los demás hombres. Y porque cada vez la vida es más compleja y más difícil, la lucha tiene que ser más ardua; a veces cruel. Los agresivos triunfan, los pasivos y los mansos perecen. Tu dolor de hoy, querido amigo, no es más que una consecuencia de esa situación. Luchas por el poder político en este pobre país atrasado, sin trabajo, sin posibilidades fáciles de mejoramiento y, en el fondo luchas por el pan. Pero la panadería está en nuestras manos, y nosotros la defenderemos de todos, dioses o diablos. ¿Me entendiste, hermano querido?

Hernando no contestó. Un sentimiento de profunda repulsión lo poseyó y le dieron ganas de vomitar. Volvió el rostro. La ligadura ya le habían adornado manos y pies. Esto no le preocupaba.

—Éste es un país violento —continuó el hombre—. Los unos son para ofender, los otros para defenderse. Pero nosotros somos distintos. Hemos logrado colocarnos por encima de nuestras emociones. Podemos matar sin cólera, sin odio; sólo cuando lo consideramos necesario. Mientras tanto, vemos que la agresividad impera. De otro lado, se dedican a la política los más ambiciosos y mejor dotados. Es inútil que procuren conformarse con la rutinaria paz de alguna profesión liberal. Exigen horizontes más amplios porque no están absortos en el trabajo ni embrutecidos por él. Lo comprendemos. Desde alguna parte, esa voluntad de dominio, de que hablaba Nietzsche, obliga imperiosamente a cada quien a conquistar su cuota parte de poder. Ya no se trata, amigo mío, de sandeces tales como la lucha de clases, o de leyes dictadas por la estructura económica. Se trata del Hombre que quiere realizarse, recuperar su propia estima; sentirse a sí mismo en la admiración de su propia creación. Algunos ya lo hemos conseguido; ya hemos vencido. Otros, como tú, porque no tienen qué decir para justificarse, para encontrar prosélitos inventan ideales, causas, y lanzan acusaciones en contra nuestra. Nuestro egotismo debe vestirse con ciertas ropajes para expresar el egotismo de los demás. Pero, las cartas sobre la mesa descubrirán a unos y otros, y, no teniendo a quiénes engañar, el juego resultaría grotesco. ¿Exagero, hermano mío?

—Me das asco —repuso Hernando recontraamente—. ¿Cuánto te has rebajado! ¿Hasta dónde te han obligado a llegar! Representan el fango que...

—Fango es lo que hay en el fondo de las grandes palabras...

—¡Vete! ¡Vete! Lo que nunca llegarás a comprender es que el fango puede sublimarse en virtud.



Sin título - Ceatlin Gurmán de Rojas

—La virtud es una emoción; es una cara de la medalla. Nosotros ya hemos superado la ambivalencia teológica; el bien y el mal; el sí y el no. Ya no nos engañamos. No podemos seguir llamando bondad a la debilidad; resignación a la incapacidad de obrar...

—Me das asco...

—No, hermano. No te exaltes ni te amargues. ¡Cuánto te comprendo! Aún repites el catecismo cristiano-marxista. ¡Ah! Ahora recuerdo que alguna vez me llamaste tu conciencia. Fue por aquella época de tus conflictos espirituales. ¿Es que ahora no quieres enfrentarme?

—Todo lo enlodas. Incapaz de elevarte, tratas de que todo se rebaje a tu nivel, y para ello utilizas el cinismo. Déjame. Tu cinismo me hiere más que estas ligaduras que ya se encarnan. Yo tampoco me engaño. Tu cinismo es una forma de negativismo de la vida y sus valores.

—Lo siento, en verdad. No quiero herirte. No por humanidad, como suele decirse, sino porque lo considero innecesario. No hacemos nada que no persiga un fin. Somos los precursores del futuro; el embrión de los que vendrán y poblarán la tierra.

—Vete.

—Bien, me voy —dijo el hombre poniéndose de pie—. Pero aún diré más. Ustedes proliferan como hongos entre el hambre de aquellos que están destinados a desaparecer. Nosotros queremos salvarlos, de ser posible, pero ellos tienen prisa, y los culpables son ustedes. Vuestros discursos les crean necesidades y apetencias en las que jamás pensaron y se vuelven cada vez más levantiscos y peligrosos. Pero nosotros conservaremos el poder pese a todo. No olvidéis que aún no hemos usado de la fuerza, disciplinada y racionalmente. Saldrás pronto en libertad, pero no vuelvas a intentar golpes de sorpresa. Lo sentiría por ti, hermano. ¿Me crees?

—Me parece extraño ese sentimentalismo tuyo...

—Yo lo abomino. Ya te he dicho que aún no somos los hombres del futuro. Aún nos queda el almizcle de debilidades y emociones. Aún, infelizmente, somos capaces de estimar a alguien...

Hernando miró al hombre profundamente, a la escasa luz de aquel atardecer que ingresaba ya a la

pequeña habitación por una alta ventana, e inmediatamente sintió pena por aquel hombre que había sido su compañero en la infancia, luego su más entrañable amigo, y que ahora era su verdugo. Desde el rincón en que estaba tumbado, e inmovilizado por las ligaduras, se sintió infinitamente superior a él. Una claridad inusitada, como una revelación, alumbró su conciencia. Siempre había dominado a Luis, aún sin proponérselo. Esta realidad, al manifestarse alguna vez de improviso, lo había dejado asombrado. Cuando dictó alguna regla para algún juego; cuando, sin deliberación, había dado una orden cualquiera, con firme tono de voz; cuando le dijo un consejo o emitió una opinión, Luis, el hombre que tenía ahora a su frente, de pie, insultante, se había dejado guiar o había obedecido inconscientemente.

Hernando ahora pensaba que Luis jamás había podido despojarse de aquel sentimiento que siempre lo había supeditado a él; a su superioridad bondadosa, de la cual, jamás empero, había abusado. Por eso, al destello de aquellos recuerdos, levantando la cabeza cuanto podía, dijo quedamente, pero con firmeza:

—Luis. Desátame.

Luis vaciló. El tono firme y seco de la voz de su antiguo amigo le llegó nítido desde las brumas de un pasado dormido en su interior, pero no muerto. Bajó los brazos; tanteó los bolsillos traseros de su pantalón y extrajo algo de uno de ellos.

—Desátame —volvió a decir Hernando.

Entonces Luis obedeció. Se aproximó a su amigo y le cortó con un cortaplumas las ataduras. La sangre coagulada se desprendió, mientras que otra sangre, tibia, nueva, comenzó a fluir de las heridas.

Hernando, ya libre, se puso de pie y miró a su amigo. Se sintió fuerte, alto, altivo. Su mirada dominada la figura esmirriada de Luis, apenas una sombra en la penumbra.

—Ábreme la puerta —sonó de nuevo la voz de Hernando, sin exceso.

Luis dudó. Un instante más y la puerta estaba abierta a una noche fresca y clara. Hernando respiró profundamente, casi ya sin ocuparse de Luis. Sin volverse vio un patio gramado y, como a treinta metros, un potente foco encendido en lo alto de un poste.

—Me voy —dijo Hernando—. Me bastará cruzar aquella alambrada —añadió—. Adiós, y gracias... —y salió de la celda.

Luis no respondió. Hasta ese momento había obedecido maquinalmente, la mente en blanco. Miraba alejarse a su amigo, con paso firme, erguido, sin miedo. Una sombra paso por sus ojos, se diría que de tristeza, y dijo "adiós" con suavidad.

Entretanto Hernando había llegado a la alambrada. La luz del foco lo iluminaba mientras se hacía de algo para poder trasponerla. Ya había comenzado la ascensión cuando Luis extrajo su pistola y le apuntó con seguridad. Los disparos sólo cesaron cuando el cuerpo de Hernando quedó inmóvil sobre la grama.

Oscar Barbero Justiniano.  
Santa Cruz, 1928 - 2001.  
Escritor y abogado. Sus cuentos  
están incluidos en ediciones de sus novelas.

Tomado de la Revista "Correvidille" - 23